

La Sierra del Agua

100 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. y OYA, D. (2016)

"Te voy a contar un cuento. Érase una vez..."

En: "La Sierra del Agua: 100 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5923-5.
Editorial Universidad de Granada. 37-39



1. «Te voy a contar un cuento. Érase una vez...»

Por Antonio Castillo y David Oya



Al calor de las lumbres, los mayores les contaban (o leían) cuentos a los niños. Era una forma muy efectiva de predisponerlos al sueño y de transmitirles conocimientos y valores (imagen Antonio Castillo)

«Te voy a contar un cuento. Érase una vez...» Así se iniciaban los dulces preludios de muchos de nuestros sueños de niño, y creo que es buena manera de empezar también las historias de este libro. Con regusto contenido, frente a una lumbre o ya en la cama, no perdíamos puntada al relato, en el que nuestros mayores ejercían con maestría la entonación, el suspense y la adaptación sui generis de lo que contaban (porque bastantes veces olvi-

daban el hilo argumental). Con seguridad, esa práctica despertó y espoléó el afecto por la lectura (con aquellos libros de preciosas ilustraciones), la escritura y el cine de generaciones enteras. Pero también la imaginación, la ensoñación y las ilusiones, esas poderosas herramientas mentales que alivian la vida y nos hacen llegar mucho más lejos en ella. No sé si las infancias de ahora serán más felices, pero lo que sí sé es que se han perdido el placer de escuchar cuentos, los juegos de calle y tantas cosas más.

¡Oiga!, ¿y esto qué tiene que ver con este libro de La Sierra del Agua?, dirán ustedes. Ya verán. Todo viene de que los paisajes no sólo los captamos con los ojos; realmente, los «vemos» con el cerebro, y éste se nutre de muchas otras sensaciones no visuales, cuyas influencias, aunque nos parezcan inapreciables, son enormes. Son, ante todo, percepciones culturales y vivenciales (experiencias). Y ahí entra de lleno la transmisión oral de historias, especialmente durante la niñez, pero también las recogidas a lo largo de nuestra existencia. Todo ese contorno histórico, cultural, etnográfico y vivencial que impregna a los territorios (y a las ciudades) es a fin de cuentas la sal y la pimienta de nuestro aprecio por los mismos.

En concreto, ese alimento sensorial de las historias contenidas en este libro (casi todas reales, algunas noveladas y las menos inventadas) es clave para amar los territorios. En él se recurre a cuentos tradicionales, como los que tratan de bestias que asustan o devoran, de amores y noviazgos, de embrujos y supersticiones... Por nuestra experiencia de niños, sabemos que son historias que, a poco que se cuenten bien, atrapan la atención y el interés, que ya es mucho en los tiempos que corren de empacho informativo. Ese es el primer paso, de ahí vendrá, con el tiempo, el conocimiento y después el aprecio, incluso la visita al lugar, la interacción propia y al final el deseo lógico de conservación. «Conocer para amar/amar para conservar».

En esta segunda edición de La Sierra del Agua, se ha pasado de 80 a 100 historias, que han buscado seguir proporcionando complicidad y empatía hacia estas montañas de Cazorla y Segura (y alledañas). Historias que han querido entretener, pero también aportar conocimiento. Sierras, picos, valles, ríos, animales, personajes o cortijadas que imagino cambiarán al final las percepciones que de ellas tenían los lectores, igual que a todos nos

ha ocurrido alguna vez (o muchas) con otros lugares después de saber de sus historias. Desde que este libro vio la luz en el 2012, algunas de sus más sabrosas historias, transmitidas por mayores de generación en generación al amparo de lumbres de invierno, han sido motivo de artículos, charlas y cursos, que incluso han despertado el interés de televisiones o de prestigiosos organismos como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), que recogió una interesante reseña en la Esfera del Agua (2013), de la que entresaco el siguiente párrafo:

«La Sierra del Agua (Castillo y Oya) es un trabajo de divulgación de los valores ambientales, socio-económicos, históricos, culturales y etnográficos del agua, que se sirve del recurso de contar historias. La divulgación científica es posiblemente uno de los mayores déficit que ha tenido la Ciencia española de las últimas décadas....La experiencia ha demostrado que uno de los mejores recursos para divulgar y enseñar lo constituyen los juegos, las películas y los cuentos. De forma que, distraídamente, con normalidad, entreteniéndolo y sin mayor esfuerzo, van incorporándose saberes del mundo que nos rodea».

Nos gustaría finalizar con una última reflexión, que tiene que ver con el cambio de modelo educativo, que debería seguir el de otros países con mejores resultados en sus alumnos. Países en los que se enseña a través del entretenimiento, no memorizando, contextualizando, jugando y, muy importante, experimentando. En esa línea, reivindicamos, especialmente para maestros y formadores, el enorme poder evocador y emocional que tienen en el desarrollo humano las historias transmitidas de mil maneras distintas (literatura, cine, radio, teatro...). Son potentísimos recursos didácticos, que incitan a amar los libros y la lectura, ingredientes del cóctel de sensaciones que capta nuestro cerebro, a través del cual, como ya se ha comentado, «vemos», conocemos y amamos más intensamente la vida.

